



UNA CORTE  
DE  
NIEBLA  
Y  
FURIA

SARAH J. MAAS

SARAH J. MAAS

UNA CORTE  
DE NIEBLA Y FURIA

TRADUCCIÓN: MÁRGARA AVERBACH

 Planeta

Maas, Sarah J.

Una corte de niebla y furia / Sarah J. Maas. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2021.

704 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Mágina Averbach.

ISBN 978-950-49-7458-1

1. Narrativa Fantástica. I. Averbach, Mágina, trad. II. Título. CDD A863

Título original: *A Court of Mist and Fury*

© 2016, Sarah J. Maas

Traducción publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Inc.

Traducción de Mágina Averbach

Mapa: © 2017, Kelly de Groot

Diseño de portada: Patti Ratchford

Ilustración de portada: HAPPYPETS

Fotografía de autor: ©Beowulf Sheehan

Todos los derechos reservados

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

1ª edición: octubre de 2021

3.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7458-1

Impreso en Gráfica TXT S.A.,

Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de septiembre de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

# CAPÍTULO 1

Vomitó en el baño, tomada de los costados fríos del inodoro, tratando de contener los sonidos del estómago.

La luz de la luna caía sobre la enorme habitación de mármol; la única iluminación en ese lugar mientras yo vomitaba todo en silencio, hasta el final.

Tamlin no se había movido cuando me desperté bruscamente. Y cuando no pude diferenciar entre la oscuridad de mi cámara y la noche infinita de los calabozos de Amarantha, cuando el sudor frío que me cubría el cuerpo me pareció la sangre de esos inmortales, salí corriendo hacia el baño.

Había estado ahí unos quince minutos, esperando que las arcadas se detuvieran, que los temblores que quedaban se hicieran cada vez menos frecuentes y desaparecieran, como ondas sobre una laguna.

Me tomé del material frío, jadeando, contando las respiraciones.

Solamente una pesadilla. Una de muchas —y las tenía tanto dormida como despierta—, una de tantas que me perseguían en esos días.

Habían pasado tres meses desde Bajo la Montaña. Tres meses de ajustarme a mi cuerpo inmortal, a un mundo que luchaba por volver a poner todas las piezas en su lugar después de que Amarantha lo hiciera pedazos.

Me concentré en la respiración, en inspirar por la nariz, soltar el aire por la boca. Una y otra vez.

Cuando me pareció que ya no iba a vomitar, me levanté despacio..., pero no fui muy lejos. Solo hasta la pared más cercana, cerca de la ventana quebrada, porque ahí veía el cielo de la noche, porque ahí era posible que la brisa me acariciara la cara pegajosa. Recliné la cabeza contra la pared, apoyé las manos contra el suelo de mármol congelado. Real.

Eso era real, sí. Yo había sobrevivido; había salido viva de Bajo la Montaña.

A menos que esto fuera un sueño..., solamente un sueño afiebrado en los calabozos de Amarantha, y yo me despertara en mi celda y...

Me llevé las rodillas al pecho. Real. *Era real.*

Mastiqué la palabra.

La mastiqué hasta que conseguí soltar las piernas y levantar la cabeza. El dolor me atravesó las manos... De alguna forma, las tenía apretadas en puños tan cerrados que las uñas casi me habían perforado la piel.

Fuerza inmortal..., más una maldición que un regalo. Yo había abollado y estropeado toda la vajilla de plata que toqué durante los primeros tres días en la Corte Primavera, había tropezado sobre esas piernas más rápidas, más largas, con tanta frecuencia que Alis había sacado todos los objetos valiosos de mis habitaciones (se había puesto particularmente gruñona cuando volqué una mesa con un florero de ochocientos años de antigüedad) y había quebrado no uno, no dos, sino *cinco* puertas de cristal solamente porque las cerré con demasiada fuerza sin intención.

Respiré por la nariz y abrí los dedos.

La mano derecha era lisa, suave. Totalmente fae.

Levanté la izquierda y la doblé y vi los rulos de tinta negra que me cubrían los dedos, la muñeca, el brazo hasta el codo, empapados de la oscuridad de la habitación. Daba la impresión de que el ojo en el fondo de la palma me miraba, tranquilo y astuto como un gato, la pupila partida más ancha que un rato antes ese mismo día. Como si se ajustara a la luz, como si fuera cualquier otro ojo.

Lo miré con furia.

Miré con furia lo que fuera que estuviera vigilándome a través del tatuaje.

No había sabido nada de Rhys en los tres últimos meses. Ni un susurro. No me había atrevido a preguntar a Tamlin o a Lucien o a cualquier otro... no fuera a ser que la pregunta convocara al alto lord de la Corte Noche, le recordara de alguna forma el trato tonto que yo había hecho con él en Bajo la Montaña: una semana de vida con él todos los meses a cambio de salvarme, a cambio de atravesar el umbral de la muerte.

Pero aunque Rhys se hubiera olvidado (lo cual era un milagro), yo no lo conseguía. Ni Tamlin ni Lucien ni ningún otro. No con ese tatuaje a la vista.

Aunque al final, Rhys..., aunque no hubiera sido exactamente un enemigo.

Para Tamlin, lo era. Para cualquier otra corte. Muy pocos cruzaban las fronteras de la Corte Noche y vivían para contarlo. Nadie sabía lo que había realmente en la parte norte de Prythian.

Montañas y oscuridad y estrellas y muerte.

Pero yo no me había sentido enemiga de Rhys cuando le hablé por última vez en las horas que siguieron a la derrota de Amarantha. Y después, no le había contado nada a nadie sobre ese encuentro, ni lo que él me dijo ni lo que yo le confesé.

*Agradece que tienes tu corazón humano, Feyre. Deberías sentir lástima por los que no sienten nada.*

Cerré los dedos en un puño y así tapé ese ojo del tatuaje. Me puse de pie y descargué el inodoro antes de inclinarme sobre el lavamanos y enjuagarme la boca, después la cara.

Ojalá no sintiera nada.

Ojalá mi corazón humano hubiera cambiado con el resto de mí, convirtiéndome en mármol inmortal. En lugar de ese pedazo de oscuridad destrozada que era mi corazón ahora, esa oscuridad que dejaba escapar su purulencia, que contaminaba el resto de mi ser.

Cuando volví a deslizarme hacia el dormitorio oscurecido, Tamlin seguía durmiendo, el cuerpo desnudo tendido sobre el colchón. Durante un

momento, admiré los músculos poderosos de esa espalda, destacados con tanto amor por la luz de la luna; el cabello rubio, enredado por el sueño y los dedos que yo le había pasado por la cabeza mientras hacíamos el amor.

Por él, había hecho todo eso; por él, me había perdido voluntariamente, a mí misma y a mi alma inmortal.

Y ahora tenía que vivir durante toda una eternidad.

Seguí caminando hacia la cama, cada paso más entumecido, más pesado que el anterior. Las sábanas estaban frías y secas, y yo me deslicé entre ellas, la espalda hacia Tamlin, y puse los brazos a mi alrededor, en un abrazo. Con el oído fae, a veces me preguntaba si no oía un cambio en la respiración de Tamlin, apenas un instante. Nunca había tenido el valor de preguntarle si en realidad estaba despierto.

Él no se despertaba cuando las pesadillas me arrastraban fuera del sueño; no se despertaba cuando, noche tras noche, yo vomitaba todo lo que había comido. Si él lo sabía, si me oía, no decía nada al respecto.

Yo sabía que a él lo perseguían sueños similares; que esos sueños lo sacaban del sueño con tanta frecuencia como a mí. La primera vez que pasó, me había despertado y había tratado de hablarle. Pero él me rechazó, me separó la mano del cuerpo, la piel cubierta de transpiración, y de pronto, ahí estaba esa bestia de pelo y garras y cuernos y colmillos. Había pasado el resto de la noche tendido frente a la puerta, monitoreando la pared de ventanales.

Desde entonces, había pasado así muchas noches.

Enroscada en la cama, me tapé con las mantas; necesitaba esa tibieza para defenderme de la noche fría. La situación se había transformado en un trato establecido sin palabras: no dejar que Amarantha ganara la partida, reconociendo que seguía atormentándonos tanto en nuestros sueños como cuando estábamos despiertos.

De todos modos, era más fácil no tener que explicar. No tener que decirle a Tamlin que, aunque yo lo había liberado, aunque había salvado a su pueblo y a todo Prythian de Amarantha, eso me había destrozado.

Y que yo no pensaba que la eternidad fuera suficiente para curarme.

## CAPÍTULO 2

—Quiero ir.

—No.

Crucé los brazos, metiendo la mano con el tatuaje bajo el bíceps izquierdo, y abrí los pies un poco sobre el polvo de la entrada de las caballerizas.

—Hace tres meses. No pasó nada y la aldea no está ni a diez kilómetros de dista...

—No.

La media mañana entraba por debajo de la puerta de las caballerizas y hacía brillar el cabello dorado de Tamlin mientras él terminaba de acomodarse la bandolera de dagas sobre el pecho. La cara —hermosa en un sentido tosco, exactamente como la había soñado yo en los largos meses en que él había usado la máscara— estaba tensa; los labios, una línea fina.

Por detrás, ya sobre el caballo tordillo, junto con otros centinelas fae, Lucien, meneaba la cabeza sin decir nada en un gesto de advertencia, el ojo de metal entrecerrado. *No lo presiones*, parecía estar diciéndome.

Pero cuando Tamlin se fue caminando a zancadas hacia el semental negro ya ensillado, apreté los dientes y lo seguí, furiosa.

—La aldea necesita toda la ayuda que pueda recibir.

—Y nosotros seguimos cazando a las bestias de Amarantha —dijo él y montó en un único movimiento fluido. A veces, yo me preguntaba si los caballos no serían para mantener un aspecto de civilización, de normalidad. Para fingir que ellos no eran capaces de correr más rápido, que no vivían a medias como los animales del bosque. Cuando el semental empezó a andar, los ojos verdes de Tamlin parecían pedacitos de hielo.

—No tengo los centinelas que necesitaría para escoltarte.

Tomé la rienda.

—No necesito escolta. —Se me tensó la mano sobre el cuero, obligué al caballo a detenerse, y el anillo dorado que yo llevaba en el dedo, junto con la esmeralda cuadrada, brilló bajo el sol.

No habían pasado ni dos meses desde que Tamlin me había pedido en matrimonio, dos meses en los que había tenido que aguantar presentaciones sobre flores y ropa y disposición de los invitados y comida. Había habido un respiro corto un mes antes, gracias al Solsticio de invierno, pero en ese período yo no había hecho otra cosa que cambiar la contemplación de las puntillas y la seda por la contemplación de las coronas y las guirnaldas de la celebración. De todos modos, había sido un alivio.

Tres días de fiesta, bebida, intercambio de regalitos, que terminaron en una ceremonia larga, más bien odiosa, sobre las colinas de la noche más larga del año para escoltar al mundo en el pase de un año a otro mientras el sol moría y volvía a nacer. O algo así. Celebrar una festividad de invierno en un lugar que siempre estaba atrincherado en la primavera no había hecho mucho para mejorar mi falta general de alegría festiva.

Yo no había prestado demasiada atención a las explicaciones sobre el origen, y los fae también debatían todavía si la costumbre había surgido en la Corte Invierno o en la Corte Día. Las dos reclamaban esa fecha como la fiesta más sagrada. Lo único que me importaba a mí era que, durante esa noche interminable, había tenido que tolerar dos ceremonias: una, durante la puesta del sol, antes de la infinita entrega de regalos y el baile y la bebida en honor de la muerte del sol viejo; y la otra, durante

el amanecer siguiente, con los ojos rojos y los pies doloridos, para dar la bienvenida al sol renacido.

Ya era suficientemente malo que se me hubiera pedido que estuviera de pie frente a los cortesanos reunidos y los inmortales de menor alcurnia mientras Tamlin llevaba a cabo sus muchos brindis y saludos. Yo había olvidado convenientemente mencionar que mi cumpleaños también caía en esa noche, la más larga del año. Ya había recibido bastantes regalos y, sin duda, recibiría muchos más el día de la boda. Y no veía la utilidad que pudiera tener todo eso... esas *cosas*.

Ahora, solamente quedaban dos semanas entre ese momento y la ceremonia. Si yo no salía de la mansión, si no tenía un día o dos de cualquier cosa que no fuera gastar el dinero de Tamlin y que me arrastraran a...

—Por favor. Los esfuerzos para la recuperación de la aldea son tan lentos... Podría cazar para llevarles algo de comida...

—No es seguro —dijo Tamlin y espoleó al caballo para que volviera a andar. El pelo del animal brillaba como un espejo negro, incluso a la sombra de las caballerizas. —Especialmente para ti.

Había dicho eso cada vez que teníamos esa discusión, cada vez que yo le rogaba que me dejara ir hasta la aldea más cercana de los altos fae para ayudar a reconstruir lo que había quemado Amarantha en los últimos años.

Lo seguí hacia el día brillante, sin nubes, fuera de las caballerizas; el pasto que cubría las colinas cercanas ondulaba en la suave brisa.

—Todos quieren volver, todos quieren un lugar donde vivir...

—Y todos te ven como a una bendición..., una hacedora de estabilidad. Si te pasara algo... —Se quedó en silencio mientras detenía el caballo en el borde del sendero de tierra que lo llevaría a los bosques del este. Lucien lo esperaba unos metros más allá. —No tiene sentido reconstruir nada si las criaturas de Amarantha atraviesan estas tierras y lo destruyen todo otra vez.

—Los muros están de pie...

—Algo se metió antes de que los arregláramos. Ayer Lucien estuvo persiguiendo a cinco naga.

Di vuelta la cabeza hacia Lucien, que se encogió. No me lo había contado en la cena la noche anterior. *Había mentido* cuando le pregunté por qué rengueaba. Se me dio vuelta el estómago, no solamente por la mentira sino por..., por los naga. A veces, soñaba con la sangre de esas criaturas sobre mí cuando los maté, con esas caras burlonas de serpiente cuando trataron de llevarme hacia el bosque.

Tamlin dijo con suavidad:

—No puedo hacer lo que tengo que hacer si estoy preocupado por tu seguridad.

—Pero si voy a estar segura. —Como alta fae, con mi fuerza y mi velocidad, tenía una buena oportunidad de escapar si pasaba algo.

—Por favor, por favor, te pido que hagas esto por mí, esto nada más —rogó Tamlin y acarició el cuello del semental que pedía rienda con impaciencia. Los otros ya habían puesto los caballos a un trote cómodo; el primero estaba ya casi dentro de la sombra del bosque. Tamlin movió el mentón de alabastro hacia la mansión que acechaba detras de mí. —Estoy seguro de que hay cosas en las que podrías ayudar en la casa. O podrías pintar. Probar el nuevo equipo de pintura que te regalé en el Solsticio de invierno.

Yo tenía que resolver cuestiones de la planificación de la boda en la casa; Alis se negaba a dejarme levantar ni un dedo. No por quién era yo para Tamlin, por lo que iba a ser para él muy pronto..., sino por lo que había hecho por ella, por sus chicos, por Prythian. Todos los sirvientes se portaban de la misma forma conmigo; algunos seguían llorando de gratitud cuando se cruzaban conmigo en los pasillos. Y en cuanto a pintar...

—De acuerdo —jadeé. Me obligué a mirarlo a los ojos, me obligué a sonreír. —Ten cuidado —le pedí y lo decía en serio. La idea de que él saliera a los bosques, a cazar a los monstruos que una vez habían servido a Amarantha...

—Te amo —dijo Tamlin con tranquilidad.

Asentí y le murmuré una respuesta mientras él trotaba hasta donde seguía esperándolo Lucien, con el ceño apenas fruncido. No me quedé a verlos partir.

Me tomé un tiempo para retroceder por los jardines mientras los pájaros de la primavera gorjeaban con alegría y la grava me crujía bajo los zapatos endebles.

Yo odiaba los vestidos brillantes que se habían convertido en mi uniforme diario, pero no tenía el corazón para decírselo a Tamlin, no cuando él había comprado tantos, no cuando parecía tan feliz de verme elegir uno de ellos. No cuando sus palabras no estaban lejos de la verdad. El día en que me pusiera la túnica y los pantalones de siempre, el día en que me colgara armas como si fueran joyas, eso enviaría un mensaje claro hasta muy lejos en estas tierras. Así que yo me ponía los vestidos y dejaba que Alis me arreglara el pelo, aunque solo fuera para comprar a todos algo de paz y comodidad para este pueblo.

Por lo menos, Tamlin no había estado en desacuerdo con la daga que yo llevaba a un costado, sostenida por un cinturón enjovado. Me la había regalado Lucien, la daga quiero decir, en los meses anteriores a Amarantha; el cinturón, en las semanas después de su caída cuando yo llevaba la daga a todos lados. *Si vas a armarte hasta los dientes, por lo menos, que te quede bien*, había dicho.

Y sin embargo, aunque reinara la estabilidad durante cien años, yo dudaba de que me despertase una mañana y no me pusiera ese cuchillo sobre el cuerpo.

Cien años.

Sí, tenía eso..., tenía siglos frente a mí. Siglos con Tamlin, siglos en este lugar hermoso, tranquilo. Tal vez consiguiera entenderme a mí misma en ese camino. Tal vez no.

Me detuve frente a las escaleras que llevaban a la casa cubierta de hiedra y rosales, y miré hacia la derecha..., al jardín formal de rosas y las ventanas detrás de él.

Solamente una vez había puesto un pie en mi antiguo estudio de pintura, cuando acababa de volver.

Y todas esas pinturas, todos los colores y suministros, todas esas telas en blanco que me esperaban para recibir historias y sueños y sentimientos... Lo había odiado. Un momento después, había salido de la habitación y no había vuelto nunca.

Había dejado de catalogar color y textura y sentimiento, había dejado de notarlos. Apenas si conseguía mirar las pinturas que colgaban dentro de la mansión.

Una voz suave, femenina, gorjeó mi nombre desde las puertas abiertas de la mansión, y la tensión que yo sentía en los hombros se aflojó un tanto.

Ianthe. La alta sacerdotisa, además de alta fae y amiga de la infancia de Tamlin, que había tomado la responsabilidad de ayudar a planificar las festividades de la boda. Y que había decidido adornarnos a mí y a Tamlin como si los dos fuéramos dioses recién creados, bendecidos y elegidos por el Caldero.

Pero yo no me quejaba..., no cuando Ianthe conocía a todos en la corte y fuera de ella. Se había quedado conmigo en distintas ceremonias y cenas, pasándome detalles sobre los que venían, y era la mayor razón por la que yo había sobrevivido al remolino alegre del Solsticio de invierno. Después de todo, ella había presidido varias ceremonias, y yo había estado más que feliz de dejarle elegir qué forma debían tener las guirnaldas y coronas de flores que adornarían la mansión y los jardines, qué vajilla de plata complementaba mejor cada comida...

Tamlin era el que pagaba mi ropa diaria, y el ojo de Ianthe el que la seleccionaba. Ella era el corazón del pueblo, ordenada por la Mano de la Diosa para alejarnos de la desesperación y la oscuridad.

Yo no estaba en una posición que me permitiera dudar de ella. Hasta el momento, Ianthe no me había llevado hacia ningún desastre, y yo había aprendido a temer los días en que ella estaba ocupada en su propio templo, lejos, en los jardines, supervisando a acólitos y peregrinos. Sin embargo, hoy, sí..., pasar un rato con Ianthe era mejor que cualquier otra alternativa.

Me levanté las faldas del vestido color rosado aurora en una mano y ascendí las escaleras de mármol hacia la casa.

La próxima vez, me prometí. La próxima vez convencería a Tamlin de dejarme ir a la aldea.

—Ah, no, no vamos a dejar que *ella* se siente tan cerca de él. Se harían pedazos y nos mancharían de sangre los manteles de lino. —Por debajo de la capucha pálida, entre azul y gris, Ianthe frunció el ceño, arrugando el tatuaje que mostraba varias etapas del ciclo de la luna. Escribió el nombre que había borrado unos momentos antes en uno de los esquemas de ubicaciones en las mesas.

El día se había puesto tibio, la habitación estaba un poco cerrada a pesar de la brisa que pasaba por las ventanas. Pero ella seguía con la túnica pesada puesta.

Todas las altas sacerdotisas usaban túnicas ondulantes, retorcidas con arte y formadas por varias capas de tela, aunque no fueran matronas. La cintura estrecha de Ianthe se veía con claridad, marcada por un cinturón fino de piedras color celeste cielo, piedras límpidas, cada una un óvalo perfecto, sostenidas por un trabajo en plata que brillaba en el aire. Y sobre la capucha, una diadema haciendo juego, una banda delicada de plata con una piedra grande en el centro. Ella había plegado un panel de tela debajo de la diadema, un círculo pensado para ponerse sobre la frente y los ojos cuando necesitara rezar, rogarle al Caldero y a la Madre o pensar.

Una vez, me había mostrado el aspecto de esa tela cuando se bajaba sobre la cara: visibles, solamente la nariz y la boca sensual, entera. La Voz del Caldero. A mí, esa imagen me había puesto nerviosa: con la parte superior de la cara cubierta había convertido a la hembra brillante, astuta, en una esfinge, en Otra. Por suerte, la mantenía hacia arriba la mayor parte del tiempo. De vez en cuando, hasta se sacaba la capucha por completo para que el sol le jugara en el cabello largo, dorado, levemente ondeado.

Los anillos de plata le brillaron sobre los dedos arreglados por una manicura cuando volvió a escribir un nombre.

—Es como un juego —dijo y respiró por la nariz respingada—. Todas estas piezas que compiten por poder o dominación, todas dispuestas a derramar sangre si hace falta. Seguramente para ti es una adaptación muy extraña.

Semejante elegancia, semejante riqueza, pero el salvajismo seguía ahí. Los altos fae no eran la nobleza de risa tonta tan común en el mundo

mortal. No. Si se peleaban, el asunto terminaría sin duda con alguien partido en pedazos sanguinolentos. Literalmente.

Una vez yo había temblado de miedo por verme obligada a compartir el espacio con ellos.

Flexioné los dedos y los tatuajes me picaron en la piel cuando se estiraron y contorsionaron.

Ahora era capaz de pelear junto con los fae o contra ellos. No es que quisiera intentarlo, por supuesto.

Estaba demasiado vigilada, demasiado vigilada y demasiado juzgada. Si había vuelto la paz, ¿por qué aprendía a pelear la novia del alto lord? Ese había sido el razonamiento de Ianthe cuando cometí el error de mencionarlo en la cena. Para darle crédito, Tamlin había sopesado las dos perspectivas: yo había aprendido a protegerme a mí misma y eso estaba bien..., pero los rumores se esparcirían con rapidez.

—Los humanos no son mucho mejores —dije al final. Y porque Ianthe era casi la única entre mis nuevos compañeros que no parecía particularmente atónita o asustada frente a mí, traté de charlar con ella y agregué: —Probablemente, mi hermana Nesta encajaría muy bien.

Ianthe inclinó la cabeza, la luz del sol hizo brillar la piedra azul que ella llevaba sobre la capucha.

—¿Van a venir tus parientes mortales?

—No. —Yo no había pensado en invitarlos..., no había querido exponerlos a Prythian. O al ser en el que me había convertido.

Ella hizo sonar varias veces un dedo fino, largo, sobre la mesa.

—Pero ellos viven cerca del muro, ¿verdad? Si fuera importante para ti tenerlos aquí, Tamlin y yo podríamos asegurarles un viaje seguro. —En las horas que habíamos pasado juntas, yo le había contado mucho sobre la aldea y la casa en la que vivían mis hermanas, sobre Isaac Hale y Tomas Mandray. No había sido capaz de mencionar a Clare Beddor..., ni de contar lo que le había pasado a su familia.

—Con todo lo que vio —dije, luchando contra el recuerdo de esa chica humana y lo que le habían hecho—, mi hermana Nesta detesta a tu especie.

—*Nuestra especie* —corrigió Ianthe con tranquilidad—. Eso ya lo discutimos.

Yo me limité a asentir.

Pero ella siguió:

—Somos antiguos y astutos y disfrutamos usando palabras como cuchillos y garras. Van a juzgar cada una de las palabras que salgan de tu boca, Feyre, van a juzgar la forma de cada frase y seguramente van a usarlas contra ti. —Como para suavizar la advertencia, agregó: —Tienes que estar en guardia, lady.

Lady. Un nombre sin sentido. Nadie sabía cómo llamarme. Yo no había nacido alta fae. Estaba Hecha, revivida, el nuevo cuerpo fabricado por los siete altos lores de Prythian. Por lo que sabía, no era la compañera de Tamlin. No nos habíamos apareado... todavía.

Honestamente..., honestamente, Ianthe, con ese cabello largo, dorado, esos ojos majestuosos, esos rasgos elegantes y ese cuerpo flexible, se parecía más a lo que habría debido ser la compañera de Tamlin. Con ella hubiera debido aparearse. Con una igual. Una unión con Tamlin —un alto lord y una alta sacerdotisa— habría enviado un mensaje claro de fuerza a cualquiera que amenazara a nuestras tierras. Y habría asegurado el poder que, sin duda, quería Ianthe para sí misma.

Entre los altos fae, las sacerdotisas supervisaban las ceremonias y los rituales, registraban las historias y leyendas, y aconsejaban a los lores y ladies en asuntos importantes y asuntos menores. Yo no había visto ninguna magia en ella, pero cuando le pregunté a Lucien, él frunció el ceño y dijo que la magia surgía en las ceremonias y podía llegar a ser totalmente letal si ella lo deseaba. Yo había tratado de descubrir señales de ese poder en el Solsticio de invierno, había notado la forma en que se ubicó Ianthe para que el sol le cubriera los brazos levantados, pero no noté ondas ni sonidos de poder. De ella o de la tierra que teníamos bajo los pies.

No sé lo que había esperado de Ianthe, una de las doce altas sacerdotisas que gobernaban con sus hermanas todos los territorios de Prythian. Anciana, célibe y callada, hasta ahí habían llegado mis expectativas, marcadas por las leyendas mortales; y entonces, Tamlin anunció que una vieja

amiga suya iba a ocupar y renovar el complejo de templos abandonados de nuestras tierras. Pero al día siguiente, Ianthe había entrado en nuestra casa como una brisa fresca que atropelló instantáneamente todas esas expectativas. Sobre todo, lo de «célibe».

Las sacerdotisas se casaban, tenían hijos, podían divertirse como quisieran. Hubiera sido una deshonra para la fertilidad, ese don del Caldero, ponerles llave a sus instintos, a esa magia inherentemente femenina de traer vida al mundo, me había dicho Ianthe una vez.

Así que mientras los siete altos lores regían a Prythian desde sus tronos, las doce altas sacerdotisas lo hacían desde los altares, los hijos tan poderosos y respetados como cualquier descendiente de lores. Ianthe, la más joven en tres siglos, seguía sin casarse, sin hijos, lista para *disfrutar a los machos más finos que tiene para ofrecer esta tierra*.

Muchas veces, yo me preguntaba cómo se sería ser así de libre y así de firme.

Cuando no contesté a su dulce reproche, Ianthe dijo:

—¿Pensaste en el color de las rosas? ¿Blancas? ¿Rosadas? ¿Amarillas? ¿Rojas...?

—Rojas no.

Odiaba ese color. Más que ninguna otra cosa en el mundo. El cabello de Amarantha, la sangre, las curvas en el cuerpo quebrado de Clare Beddor, fijado a la pared en Bajo la Montaña.

—Terracota podría quedar lindo, con todo el verde... Pero tal vez es demasiado Corte Otoño... —Otra vez, el dedo que golpeaba sobre la mesa.

—El color que quieras. —Si hubiera sido sincera conmigo misma, habría tenido que admitir que Ianthe se había convertido en un dolor de cabeza. Pero parecía dispuesta a hacerlo todo... y se preocupaba cuando yo no conseguía hacerlo.

Las cejas de ella se elevaron un poquito.

A pesar de ser alta sacerdotisa, ella y su familia habían escapado a los horrores de Bajo la Montaña. Literalmente: se habían ido. Su padre, uno de los aliados más poderosos de Tamlin en la Corte Primavera y capitán

de las fuerzas, había sentido que venían tiempos turbulentos y se había llevado a Ianthe, a su madre y a dos hermanas más jóvenes a Vallahan, uno de los incontables territorios de los inmortales del otro lado del océano. Vivieron escondidos en la corte extranjera durante cincuenta años mientras el pueblo moría asesinado y esclavizado.

Ella no lo había mencionado ni una sola vez. Y yo sabía perfectamente bien que no debía preguntar.

—Cada uno de los detalles de la boda es un mensaje, no solo para Prythian sino para el mundo entero —dijo ella. Ahogué un suspiro. Ya lo sabía..., ella me lo había dicho antes. —Sé que no te gusta mucho el vestido...

Eso era un eufemismo. Odiaba la monstruosidad de tul que ella había seleccionado. Tamlin también, aunque se había reído hasta las lágrimas cuando se lo mostré en la privacidad de mi habitación. Pero me había dicho, muy serio, que aunque el vestido pareciera absurdo, la sacerdotisa sabía lo que estaba haciendo. Yo hubiera querido seguir charlando sobre el asunto; disgustada por el hecho de que él estuviera de acuerdo conmigo, pero se hubiera puesto del lado de ella... El problema era que eso requería más energía de la que valía la pena que yo gastara.

Ianthe siguió diciendo:

—Ese vestido dice lo que hay que decir. Me pasé un tiempo en las otras cortes para ver cómo se opera. Confía en mí.

—Confío en ti —dije y señalé vagamente los papeles que teníamos delante—. Tú sabes cómo hacer estas cosas. Yo no.

La plata tintineó en la muñeca de Ianthe, tan parecida a los brazaletes que usaban los hijos de los benditos del otro lado del muro, tan parecida, sí, que a veces, yo me preguntaba si esos humanos tontos no habrían sacado la idea de las altas sacerdotisas de Prythian..., si habría sido una sacerdotisa como Ianthe la que había esparcido esa estupidez entre los humanos.

—Es un momento importante también para mí —dijo Ianthe con cuidado, ajustándose la diadema sobre la capucha. Los ojos verdeazules se fijaron en los míos. —Tú y yo somos tan parecidas..., tan jóvenes, no nos

hemos probado todavía entre estos..., estos lobos. Te estoy agradecida, a ti y a Tamlin, por permitirme presidir esta ceremonia, por invitarme a trabajar con esta corte, por ser parte de esta corte. Las otras altas sacerdotisas no me quieren demasiado, ni yo a ellas, pero... —Meneó la cabeza; la capucha se movió con ella. —Juntos —murmuró—, los tres, unidos, somos formidables. Los cuatro, si contamos a Lucien. —Hizo un ruido fuerte por la nariz. —No porque él quiera tener mucho que ver conmigo...

Esa afirmación llevaba a alguna parte, sí.

A menudo, Ianthe encontraba formas de mencionar a Lucien, de acorralarlo en las reuniones, de tocarle el hombro o el codo. Él la ignoraba. La semana anterior, yo le había preguntado a él si ella lo quería para sí, y Lucien me había mirado, había hecho una mueca suave y después se había alejado a grandes zancadas. Yo lo tomé como un sí.

Pero una unión con Lucien habría sido casi tan beneficiosa como una con Tamlin; la mano derecha de un alto lord *y además*, hijo de otro alto lord... Cualquier hijo que pudieran tener los dos habría sido poderoso, envidiado.

—Tú sabes que es difícil para él..., digo, cuando hay hembras involucradas —dije sin ningún tono en especial.

—Estuvo con *muchas* hembras desde la muerte de su amor.

—Tal vez contigo es diferente, tal vez significaría algo para lo que él no está preparado. —Me encogí de hombros, buscando las palabras correctas. —Tal vez por eso no quiere acercarse.

Ella lo pensó y yo recé para que comprara mi media mentira. Ianthe era ambiciosa, inteligente, hermosa y valiente, pero yo no creía que Lucien le hubiera perdonado ni le perdonase nunca por huir durante el reinado de Amarantha. A veces, me preguntaba sinceramente si mi amigo no le cortaría el cuello por eso.

Finalmente, Ianthe asintió.

—¿Por lo menos estás emocionada con la boda?

El día que Tamlin me había pedido que me casara con él, me había sentido emocionada, sí. Había llorado de alegría mientras le decía que sí,

sí, mil veces sí, y le hacía el amor en el campo de flores silvestres al que él me había llevado para la ocasión.

Ianthe asintió.

—La unión está bendecida por el Caldero. Tu supervivencia a los horrores de Bajo la Montaña es una prueba.

Y entonces vi la mirada que me dirigió..., directa a los tatuajes de la mano izquierda.

Tuve que hacer un esfuerzo para no meter la mano debajo de la mesa.

El tatuaje que ella llevaba en la frente estaba trazado en una tinta azul medianoche, pero de alguna forma le quedaba bien, parecía acentuar los vestidos femeninos, las joyas de plata brillante. A diferencia de la brutalidad elegante del mío.

—Podríamos conseguirte guantes —ofreció ella en un tono que no le daba importancia al asunto.

Y eso enviaría otro mensaje..., tal vez a la persona que yo deseaba tan desesperadamente que se hubiera olvidado de mi existencia.

—Lo voy a pensar —dije con una sonrisa tranquila.

Era lo único que se me ocurría para no salir corriendo antes de que terminara la hora y Ianthe flotara hacia su propia habitación de plegaria —regalo de Tamlin cuando ella volvió a la Corte Primavera— para ofrecer el agradecimiento que se le ofrecía al Caldero todos los mediodías por la liberación de nuestra tierra, mi triunfo y la dominación asegurada de Tamlin sobre su tierra.

A veces, pensaba en pedirle que rezara también por mí.

Que rezara para que un día yo aprendiera a amar los vestidos y las fiestas y mi rol de novia linda de mejillas sonrojadas.

Cuando Tamlin entró en mi habitación, silencioso como un ciervo a través del bosque, yo ya estaba en la cama. Levanté la cabeza buscando la daga que mantenía siempre en la mesa de luz, pero me relajé cuando vi esos hombros anchos, la luz de la vela que se le deslizaba sobre la piel bronceada y le hundía la cara en sombras.

—¿Estás despierta? —murmuró. Oí la preocupación en esa voz. Él había estado en el estudio desde la cena, resolviendo la pila de papeles que Lucien le había arrojado sobre el escritorio.

—No podía dormirme —dije, mirando cómo se le movían los músculos al caminar hacia el baño para lavarse. Había estado tratando de dormir por una hora, pero cada vez que cerraba los ojos el cuerpo se me trababa y las paredes de la habitación se cerraban sobre mí. Había abierto las ventanas, pero... esa iba a ser una noche muy larga.

Volví a acostarme sobre las almohadas, escuchando los sonidos firmes, eficientes de Tamlin, que se preparaba para la cama. Tenía su propio dormitorio porque sabía que, para mí, era vital tener mi propio espacio.

Pero dormía conmigo noche por medio o más. Yo nunca había visitado su cama todavía, aunque me preguntaba si nuestra noche de bodas cambiaría eso. Rezaba por no despertarme bruscamente y vomitar sobre las sábanas cuando no reconociera el lugar en el que estaba, cuando no supiera si la oscuridad que veía era permanente.

Tal vez esa era la razón por la que él no había intentado imponer nada sobre ese tema todavía.

Él entró en la habitación, la túnica y la camisa en la brisa, y yo me apoyé sobre los codos para verlo detenerse al borde de la cama.

Mi atención fue directamente hacia los dedos fuertes, inteligentes, que desabrocharon el pantalón.

Dejó escapar un ruidito de aprobación, y yo me mordí el labio inferior mientras él se sacaba los pantalones y después la ropa interior, revelando esa longitud gruesa, orgullosa. Se me secó la boca y arrastré la mirada hacia arriba, hacia el torso musculoso, las superficies del pecho, y entonces...

—Ven —gruñó él, con tanta rudeza que las palabras fueron difíciles de discernir.

Empujé las mantas, dejando descubierto mi cuerpo desnudo, y él siseó con fuerza.

Los rasgos se le llenaron de hambre furiosa mientras yo me arrastraba a través de la cama y me levantaba sobre las rodillas. Le tomé la cara

entre las manos, la piel dorada enmarcada por dedos de marfil y ébano en curvas, y lo besé.

Él me sostuvo la mirada en el beso, incluso cuando yo me acerqué todavía más, y él me besó con un ruidito cuando me rozó el vientre.

Las manos callosas del alto lord me tocaron las caderas, la cintura, después me sostuvieron mientras él bajaba la cabeza. Un roce de esa lengua contra el borde del labio me hizo abrirme para él, abrirme del todo, y él entró en una ráfaga, reclamándome, marcándome como al ganado con su símbolo.

Entonces, gemí, la cabeza hacia atrás para que él tuviera más acceso. Las manos me tomaron la cintura, después se movieron..., una hacia atrás, la otra entre los dos.

Eso..., ese momento..., cuando éramos él y yo, y nada entre nuestros cuerpos...

La lengua de él me rozó el paladar mientras me pasaba un dedo por el centro del cuerpo, y yo jadeé, y se me arqueó la espalda.

—Feyre —me dijo contra los labios, el nombre como una plegaria más devota que las que hubiera ofrecido al Caldero ninguna Ianthe en la mañana oscura del solsticio.

La lengua volvió a recorrerme la boca, siguiendo el mismo ritmo que el dedo que él me metía en el cuerpo. Se me ondularon las caderas. La palma de la mano de él me tocó el grupo de nervios en el ápice de los muslos, y yo gruñí su nombre temblando.

La cabeza hacia atrás, tragué el aire fresco de la noche, y entonces, las manos de él me bajaron hacia la cama con dulzura, con delicadeza, con amor.

Él se tendió sobre mí, bajó la cabeza hasta mis senos, y lo único que hizo falta fue una presión de los dientes sobre el pezón para que yo le clavara las uñas en la espalda, le envolviera las piernas alrededor del cuerpo, y él se acercara a lo que tengo entre ellas. Esto..., yo necesitaba *esto*.

Él hizo una pausa, los brazos temblorosos mientras se sostenía sobre mí.

—Por favor —jadeé yo.

Él me pasó los labios por la mandíbula, el cuello, la boca.

—Tamlin —rogué. Él me palmeó un seno, el dedo sobre el pezón. Yo gemí y él se hundió en mí con un empujón enorme.

Durante un momento, yo no fui nada, nadie.

Después nos fundimos, dos corazones que latían como uno, y me prometí que siempre sería así mientras él empujaba unos centímetros, los músculos de la espalda flexionados bajo mis manos. Después volvió a caer sobre mí. Una y otra y otra vez.

Yo me rompí una y otra y otra vez contra él, mientras él se movía y murmuraba mi nombre y me decía que me amaba. Y cuando el relámpago volvió a llenarme las venas, la cabeza, cuando jadeé su nombre, ahí llegó su propio alivio. Yo me aferré a él en cada una de esas de ondas de temblores, saboreé el peso de Tamlin, el sentimiento de esa piel, esa fuerza.

Durante un rato la habitación se llenó solamente con el sonido raspado de nuestras dos respiraciones.

Fruñí el ceño mientras él retrocedía, pero no se fue muy lejos. Se estiró a mi lado, la cabeza sobre un puño, y me trazó círculos lerdos sobre el vientre, los senos.

—Lamento lo que pasó antes —murmuró.

—Estoy bien —jadeé yo—. Entiendo.

No era una mentira, pero tampoco era totalmente cierto.

Los dedos de él llegaron más abajo, hicieron círculos abajo, cerca de las piernas.

—Tú..., tú eres todo para mí —dijo él, con la voz espesa—. Necesito..., necesito que estés bien. Saber que no pueden tocarte..., que ya no van a lastimarte.

—Lo sé. —Los dedos bajaron más. Tragué saliva y dije de nuevo: —Lo sé. —Le saqué el pelo de la cara. —¿Pero y tú? ¿Quién te protege a ti?

Se le tensó la boca. Apenas volvió a tener todos sus poderes, supo que él no necesitaba nadie que lo protegiera, nadie que lo guardara. Casi vi las esposas invisibles de nuevo, no contra mí, sino contra la idea de lo que él había sido apenas meses antes: una criatura atada a los caprichos de Amanantha, el poder de la Corte Primavera, apenas un arroyuelo comparado

con la cascada que caía ahora a través de ese cuerpo. Respiró hondo para tranquilizarse y se inclinó para besarme el corazón, justo entre los senos. Esa era respuesta suficiente.

—Pronto —murmuró, y los dedos volvieron a la cintura. Yo casi gemí. —Pronto vas a ser mi mujer y todo va a estar bien. Vamos a dejar todo esto en el pasado.

Arqueé la espalda, para pedirle que bajara la mano, y él dejó escapar una risita ronca. Casi ni me escuché hablar cuando me moví para llevar los dedos a ciertos lugares con una orden silenciosa.

—¿Y cómo van a llamarme, entonces? —Él me tocó el vientre, bien abajo, y se inclinó a ponerme la boca sobre el pezón.

—¿Mmmm? —dijo, y el rumor contra el pezón hizo que me retorciera...

—¿Van a llamarme «la mujer de Tamlin»? ¿O voy a tener... un título? Levantó la cabeza lo suficiente como para mirarme.

—¿Quieres un título?

Antes de que yo pudiera contestar, me mordisqueó el seno, después lamió ese dolor leve..., lamió mientras los dedos se me metían en el cuerpo. Me acarició despacio, círculos tentadores.

—No —jadeé yo—. Pero no quiero que nadie... —Que el Caldero me llevara, ese *dedo* maldito... —No sé si voy a poder tolerar que me llamen alta lady.

Los dedos volvieron a entrar en mí, y él gruñó, satisfecho, por la humedad que yo tenía entre las piernas, una humedad tanto suya como mía.

—No van a hacer eso —me dijo contra la piel, y volvió a ponerse sobre mí y me llenó de besos—. No hay altas ladies.

Me tomó de los muslos para abrirme las piernas, bajó la boca y...

—¿Qué quiere decir eso, que no hay altas ladies?

El calor, el roce..., todo se detuvo.

Él me miró desde su lugar, abajo, entre mis piernas, y yo casi llegué al orgasmo con esa imagen. Pero lo que había dicho, lo que implicaba... Me besó el interior de los muslos.

—Los altos lores se casan. Toman consortes. Nunca hubo una alta lady.

—Pero la madre de Lucien...

—Ella es la lady de la Corte Otoño. No es una alta lady. Y tú vas a ser la lady de la Corte Primavera. Te van a llamar como la llaman a ella. Y van a respetarte como la respetan a ella. —Bajó la mirada hacia lo que estaba a centímetros de su boca.

—Así que la madre de Lu...

—En este momento no quiero oír ningún nombre de macho en esos labios —gruñó él y bajó la boca contra mí.

Al primer contacto de esa lengua, dejé de discutir.